

EL DEFENSOR DEL OBRERO

“Tota pulchra”

Toda hermana, toda limpia, Inmaculada, pura, más que la nieve blanca, desde antes de la hora feliz de su nacimiento, desde que Dios pudo complacerse en la visión anticipada del sér bello sin par, elegido en la mente del Señor para Reina de cielos y tierra. Así la proclama el mundo entero.

Fué un día de gran fiesta para la cristiandad aquél en que el dogma de la Concepción Purísima quedó positivamente establecido como dogma de fe. Todas las naciones respondieron con cantos de gozo a la exaltación de la pureza original de la Virgen, proclamada sin mancha por el Sumo Pontífice Pío IX. Mas ninguna como España acogió con tal contento la buena nueva, extendida por el orbe con un eco repetido: «Tota pulchra!» Ninguna como España había deseado escuchar aquel grito, cuya idea vivía en las almas castellanas hacia siglos, y en las almas aragonesas, más siglos aún... María, en carne mortal, había visitado Zaragoza, y, al alejarse, dejó al ambiente de tal manera impregnado de su celestial pureza, que los nacidos en aquel pueblo traían ya en la sangre el germen del amor a la toda hermosa. En la Edad Media, el espíritu caballeresco de los aragoneses defendía el privilegio sin igual que adivinaba en Ella. La idea crecía; con el transcurso de los años se ensanchaba, y era ya generalmente española cuando el pintor insigne soñaba con el cielo y entreveía en él a la doncella cuya imagen trasladó a sus lienzos inmortales. Y creciendo siempre en su convicción, España oponia, como escudo a la herejía, la devoción al misterio así, nuestra nación se hacía cada vez más católica, más firme...

La definición dogmática fué un júbilo inmenso para nuestro país; júbilo que se renueva cada año al llegar la época señalada para la celebración de tan hermosa fiesta. El lector que haya estado ausente de la Península en el día de la Concepción, podrá decir si ha visto en otra parte este lujo de demostraciones

entusiastas. En todos los lugares de la tierra donde hay mujeres cristianas se da honor a la Azucena de Nazareth; las niñas se cobijan bajo su protección, y las jóvenes veneran en ella la castidad virginal; pero esta alegría, esta gala, esta profusión de luces, de flores, de cantos, de primores, de aromas, de plegarias... aquí, y solo aquí, se ve. No hay iglesia sin su imagen ni imagen suya que no reciba ferviente culto. En las aldeas y en las ciudades; en las escuelas y en los hospitales, y en los cuarteles, y hasta en el Palacio del Rey, hay dentro función religiosa, regocijos, festejos. Fuera en el exterior, la bandera nacional dice, al ondear, gallardamente: «Hoy es la fiesta de la Inmaculada Concepción, cuya inocencia inclita llena de alegría todos los corazones».

Apenas ha habido un artista que no le haya dedicado lo mejor de su talento. Los poetas no han sabido cantar si no la han ensalzado con las primicias de su inspiración. Y es de notar que la tierna piedad femenina se encuentra apoyada para esta devoción en piedad varonil. En esto los hombres dan consolador estímulo. Está tan arraigada en ellos aquella gloriosa idea antigua, que aunque los tiempos hayan cambiado y aunque parezca que la fe se entibia en sus pechos, todavía, aún en los menos fervorosos queda encendida la chispa del amor a la Virgen. Muchos son los que fielmente la sirven congregándose para honrarla en estos días. Por eso los esfuerzos del protestantismo serán siempre inútiles en nuestro católico país. ¡Oh, no! ¡Los españoles no querrán nunca una religión en que no entre el culto de María! ¡Qué frío, qué pálido les parecería sin Ella el mundo del sentimiento, acostumbrados como están a poner bajo su amparo maternal penas y alegrías, esperanzas y amores! Y cómo rechazarían, indignados, toda palabra que proyectara sombra sobre el sídido hombre inmaculado!

Al puro amor de la Virgen se debe que los caballeros de esta tierra sean los más hidalgos del mundo, y que en él gocen mere-

cida fama. Era natural que así fuese. Nada levanta tan alto el valor como un ideal noble y bello, y ¿qué hay después de Dios que iguale en nobleza a la más santa criatura? Fundiendo en tan dulce afecto todos los demás de su vida, llevaron ellos a cabo empresas magnificas... Aún no se ha cerrado el libro de la Historia. El ideal sobrevive y sobrevivirá. Esperemos. No la conquista de territorios nuevos, ni lauros, ni triunfos materiales, que no buscan ya los que tanto batallaron un tiempo; hoy, como experimentados ambicionan la paz, y con ella, los bienes que esta hija del cielo trae consigo; pero en el orden de la paz bendita, ¿quién sabe los triunfos que les esperan? ¡Uno es, y bien grande, que la mirada del Pontífice descanse en estos momentos sobre nosotros como sobre sus hijos predilectos por ser los más amantes y obedientes, y que, al mirarnos así, nos halle con los brazos extendidos para llamarle a nuestro lado!

En la serie interminable de beneficios que al Pontificado se deben, hay que contar el que nos colocó bajo el patronato excelso de la Purísima. El actual Pontífice también magnánimo ha heredado, con la silla apostólica, las amarguras que son en ella señal divina. España pide a su Patrona que extienda su manto azul sobre el Padre amado y le proteja. Y ríndase a los pies del augusto soberano de las almas la misma bandera que hoy dice, al ondear, gallardamente: «Tota pulchra gloria de España!»

SOLEDAD RUIZ DE POMBO

A la Purísima Concepción

Cuando Dios os escogió
para Madre de Jesús,
al mundo mandó la Paz;
«Vos, de gracia llenó,
que el hombre lo creyó
con una fe sin igual,
cubriendo toda mortal
durante su triste vida:
«Es María concebida
sin pecado original»

A. V.

Estudios Sociales

A LOS PADRES Y MADRES

¡Salvemos a los niños!

I

Si por desgracia prendiera en vuestra casa un voraz incendio os apresuráis, ante todo, a poner a salvo a vuestros tiernos hijos que aún vuestros más ricos y amados tesoros.

No ignoráis vosotros, padres y madres, que el alma de vuestros inocentes hijos se halla rodeada de abrasadoras llamas... como a los niños que al horno de Babilonia fueron arrojados. Si no los cuidáis, si no veláis por ellos y no les libráis del peligro quedarán vuestros hijos asfixiados y consumidos por el fuego impuro que devoró a Sodoma y abrasó al mundo entero...

¿Seréis entonces los responsables de su ruina!

El libertinaje y la pornografía, — que son el fuego infernal, a que aludo, van tomando en nuestros desventurados días las más atrozadas proporciones. Y nos extrañaremos de que Dios castigue al mundo!

Todas las artes bellas, — por males de artistas sin honor y sin vergüenza, — las pratan en el caudaloso concurso.

Las escuelas de la escultura, dejan avergonzadas a las del paganismo helénico y romano. La catedral de la pintura, por medio de la fotografía y sus derivados, llega al colmo de la desvergüenza en los museos y en las galerías particulares, en las plazas y en las revistas fotográficas. La poesía y la literatura revelando los más íntimos secretos del vicio añaden inocente contribución a las desventuradas concupiscencias. La música con sus canciones y epítetos desventurados y profanos, y la ciencia arrojando en las estucosas facultades y en los motivos decorativos de sus libros, prestan a las pasiones viciales y poderosas inceptivos.

Y de todas estas infames producciones del arte corrompido, se desprenden humos de sensualismo que rodean al niño de un venenoso atmósfera. En la que — sin milagro, — es imposible la vida sobrenatural de las almas, como es imposible que una alma